



**DAVID
FOSTER
WALLACE**

**La niña
del pelo
raro**

En *La niña del pelo raro*, la presente recopilación de diez relatos, Wallace recrea —de manera exquisita y perturbadora a la vez— la realidad en la que vivimos. Desde la evocación de personajes históricos como el presidente Lyndon Johnson, de los concursos televisivos de máxima audiencia o de los presentadores estrella de programas al filo de la medianoche, hasta el relato que da título a la obra, en el que el nihilismo *punk* y las juventudes republicanas se dan la mano, Wallace siempre consigue que lo increíble parezca comprensible; lo raro, normal; lo absurdo hilarante, y lo familiar, extraño.

A L_

Estos relatos son pura ficción. Algunos de ellos proyectan los nombres de figuras públicas «reales» en unos personajes inventados y en unas situaciones inventadas. Cuando en esta obra se utilizan los nombres de empresas, de medios de comunicación o de políticos, con ellos solo se quiere denotar personajes, imágenes, la materia de los sueños colectivos; no denotan ni pretenden dar una información privada de personas existentes, en carne y hueso, ni vivas, ni muertas, o nada que se le parezca.

Parte de «Animalitos inexpresivos» utiliza la tercera estrofa de «Self-Portrait in a Convex Mirror», de John Ashbery, y se ha sacado de los *Selected Poems* de John Ashbery (Viking Press, 1985, pp. 192-193; hay trad. cast.: *Autorretrato en espejo convexo*, Visor).

Partes de «Hacia el oeste, el avance del imperio continúa» están escritas en los márgenes de «Lost in the Funhouse», de John Barth [hay trad. cast.: *Perdido en la Casa Encantada*, Península], y de «Usurpation (Other People's Stories)», de Cynthia Ozick; la p. 313 de «Hacia el oeste...» reproduce las primeras siete líneas de «Usurpation», sacadas de *Bloodshed and Three Novellas*, de Cynthia Ozick (Alfred A. Knopf, 1976, p. 132).

Los relatos de esta obra aparecieron originalmente en publicaciones diversas: «Animalitos inexpresivos», en *Paris Review*; «Lyndon», en *Arrival*; «Aquí y allá», en *Fiction*; «John Billy», en *Conjunctions*; «Mi aparición», en *Playboy*, con el título de «Late Night»; «Di nunca», en *Florida Review*; «Todo es verde», en *Puerto del Sol* y *Harper's*.

Agradecimientos especiales a: los fideicomisarios de Arizona Humanities Fellowship; la Mr. and Mrs. Wallace

Fund for Aimless Children; la Mrs. Giles Whiting Foundation; The Corporation of Yaddo.

ANIMALITOS INEXPRESIVOS

Es 1976. El cielo está encapotado y lleno de nubes grises. Son unas nubes bulbosas, arrugadas y brillantes. El cielo parece un cerebro. Debajo del cielo hay un campo azotado por el viento. Una autopista blanquecina se extiende junto al campo. Pasan muchos coches. Uno de los coches se detiene al lado de la autopista. Dos niños pequeños salen del coche, acompañados por una mujer joven con cara de palo. Al volante hay un hombre que mira fijamente hacia delante. Los niños están callados y tienen la piel muy pálida. La mujer lleva algo pesado dentro de una bolsa de la compra. Sostiene la bolsa con cara inexpresiva. Lleva a los niños pálidos y la bolsa hasta el poste de una cerca de madera que hay en el campo, junto a la autopista. Los niños tienen las manos pequeñas y las colocan sobre el poste. La mujer les dice que sigan tocando el poste hasta que vuelva el coche. Ella entra en el coche y se marcha. Hay una vaca en el campo, junto a la cerca. Los niños tocan el poste. El viento sopla. Pasan muchos coches. Se quedan allí todo el día.

Es 1970. Una mujer con el pelo de color rojo intenso está sentada a varias filas de distancia de la pantalla de un cine. A su lado se sienta una niña con un vestido. Acaba de em-

pezar una película de dibujos animados. Los ojos de la niña se meten en los dibujos. Detrás de la mujer solo hay oscuridad. Un hombre se sienta a su lado. Se inclina hacia delante. Sus manos se enredan en el pelo de la mujer. Juegan con su pelo en la oscuridad. El reflejo luminoso de la proyección parpadea sobre las caras del público: los ojos de la mujer brillan por culpa del miedo. Está sentada, completamente inmóvil. El hombre juega con su pelo rojo. La niña no mira en esa dirección. Los dibujos animados, los anuncios de próximas películas y el estreno duran casi tres horas.

Alex Trebek va por el estudio de grabación de *Jeopardy!* llevando una chapa que dice PAT SAJAK PARECE UN TEJÓN. Él y Sajak juegan al *racquetball* todos los jueves.^[1]

Es 1986. El cielo nocturno de California flota silencioso y brillante, como un palacio vacío. Por las calles lejanas transitan lentamente hileras de lentejuelas, muy por debajo del cálido apartamento de Faye.

Faye Goddard y Julie Smith están en la cama de Faye. Se tumban una encima de la otra por turnos. Hacen el amor. Los gemidos de Faye tintinean como monedas contra las paredes de cristal de su apartamento en el ático.

Faye y Julie se refrescan mutuamente con toallas húmedas. Están desnudas junto a la pared de cristal y contemplan Los Ángeles. Se van encendiendo y apagando pedacitos de Los Ángeles a medida que unas luces tapan a otras.

Faye y Julie están en la cama, como amantes. Se felicitan mutuamente por sus cuerpos. Se quejan de la brevedad de la noche. Una y otra vez examinan, con una especie de entusiasmo infeliz, las pequeñas ignorancias que según Julie perfilan el camino hacia cualquier contacto real entre las

personas. Faye dice que Julie ya le gustaba mucho antes de saber que ella le gustaba a Julie.

Consultan juntas el diccionario Oxford y examinan la entrada correspondiente a la palabra «gustar».

Se abrazan. Julie es muy pálida, lleva el pelo muy corto y de punta. La oscuridad de la sala está moteada de pedacitos de Los Ángeles que atraviesan el cristal por las noches. La oscuridad flota alrededor de ellas y se ajusta igual que el guante de un jardinero. Todo es increíblemente romántico.



El 12 de marzo de 1988 llueve. Faye Goddard observa cómo la autopista que hay al otro lado de la ventana de la oficina de su madre se oscurece primero y brilla después a causa de la lluvia. Dee Goddard está sentada en el borde de su mesa de despacho con los pies enfundados en sus medias y también mira por la ventana. La directora de *Jeopardy!* está de pie con el coordinador de relaciones públicas del concurso. La jefa de estudio y la redactora de las preguntas están inclinadas mirando unas notas. Alex Trebek está sentado a solas junto a la puerta en una silla de lona de director, bebiendo una lata de refresco. La habitación se refleja en el cristal de la ventana.

—Necesitamos saber qué le dijiste para enterarnos de si piensa venir —dice Dee.

—Esto que tenemos, Faye, da como mucho para veinte minutos —dice la directora, consultando el reloj que lleva en el interior de la muñeca—. Luego nos sobrará una hora entera de estudio. O nos quedará un episodio sin grabar, lo cual quiere decir que el satélite y la transmisión se pasarán de tiempo.

—Por no mencionar a un chico que está medio catatónico de terror y sufre neurosis generalizada en este preciso momento —dice en voz baja Muffy DeMott, el coordinador de RR. PP.—. La última vez que lo vi estaba en posición fetal en el suelo, delante de la sala de maquillaje.

Faye cierra los ojos.

—Mi marido está vigilándolo —dice la directora.

—Mil gracias, Janet —le dice Dee Goddard a la directora. Consulta su portapapeles—. ¿Ha venido el resto de la gente para los cuatro programas?

—Todos los que se inscribieron. Nunca hemos tenido tantos. Más una veterana retirada de la sección femenina del ejército que da bastante miedo y que no estaba programada hasta finales de abril. Dice que se muere de ganas de enfrentarse a Julie.

—Pero Julie no viene —dice Muffy DeMott.

Dee mira su portapapeles con los ojos entrecerrados:

—Entonces ¿cuántos hay en total?

—Nueve —murmura Faye. Se toca el pelo a los lados de la cabeza.

—Tenemos nueve —dice la directora—, bastantes para llenar los cuatro programas a un ritmo de dos por programa.

La lluvia que cae sobre el techo de aluminio del edificio de la compañía Merv Griffin hace un ruido en la sala como de carne friéndose a lo lejos.^[2]

—Y estoy segura de que están bien preparados —dice Faye. Se mira el dorso de las manos que tiene en el regazo—. Y Janet está convencida de que ese pobre chaval la va a derrotar. Tu nuevo gurú misterioso de la información.

—No me confundas a mí con lo que me dicen que haga —dice la directora.

—No la va a derrotar. —La jefa de estudio niega con la cabeza. Está masticando chicle y eso le despierta un músculo en forma de gusanito que tiene en la sien.

Alex Trebek se mira el reloj digital y empieza el ritual de aclararse la garganta antes de cada episodio. Todo el mundo en la sala lo mira.

—Alex —dice Dee—, ¿por qué no vas poniendo ya a los nuevos concursantes en la cabina? Diles que a lo mejor tenemos un poco de retraso o a lo mejor no. Dales las gracias por su paciencia.

Alex se levanta y se endereza la corbata. Su lata de refresco golpea contra el fondo metálico de la papelera. Se aclara la garganta.

—Sé un buen presentador y todo eso. —Dee deja escapar una sonrisa amable.

—Okay.

Alex deja la puerta abierta. El sol asoma entre las nubes en el exterior. Las palmeras gotean y el cemento resplandece. Los coches pasan lanzando destellos y con los limpiaparabrisas en posición de «intermitente». Janet Goddard, la directora, baja la mirada y finge que está examinando lo que tiene entre manos. Faye sabe que la irrupción de la luz del sol la hace sentirse poco atractiva.

Faye ve en la ventana cómo la silueta de Dee consulta su reloj con un ligero movimiento.

—¿Ya están preparadas las preguntas? —pregunta la silueta.

—Hay de sobra para cuatro episodios —dice la jefa de estudio—, ya están hechas las categorías y tenemos la lista de las respuestas en todos los monitores. Ahora Joan está acabando de ordenarlas.

—Eso es trabajo mío —dice Faye.

—Tu trabajo —susurra la directora— es decirle a tu maíta dónde puede estar el monstruito de tu novia.

—Alex va a necesitar todas las tarjetas en el podio enseguida —le dice Dee a la jefa de estudio.

—Ese es tu trabajo de hoy. —Janet mira la espalda de Faye.

Faye Goddard le hace un gesto obsceno con el dedo al reflejo en la ventana de Janet Goddard, la mujer de su ex padrastro.

—Esto va por todas tus preguntas sobre animales —dice.

La directora se levanta. Le dice a Faye que es una puta con aspecto de mantis religiosa, sale por la puerta abierta y la cierra detrás de ella.

—Putas —dice Faye.

Dee deja escapar una leve sonrisa y se queja de que parece estar totalmente rodeada de putas. Muffy DeMott se ríe y se sienta en la silla de Alex. Dee se baja del escritorio. Una astilla se le engancha y le rasga un *panty*. Se coloca medio agachada junto a su hija, que está en la silla del escritorio, junto a la ventana, con los pies descalzos apoyados en la repisa. Le crujen las rodillas al agacharse.

—Si no va a venir —murmura Dee—, dímelo. Así podré saberlo de antemano y arreglarlo con Merv. Vamos, cariño.

Es verdad que Faye ve la imagen brillante y borrosa de su madre en la ventana. He ahí el rostro de mediana edad de su madre, el pelo rojo inmaculadamente teñido y peinado, las arrugas de aspecto enfermizo que forman un triángulo alrededor de su boca y su nariz y en donde se acumulan la base y el maquillaje según la cara avanza a lo largo del día. Sus ojos están rojos por el humo, encajados en círculos profundos y bolsas de sangre oscura. Si no fuera por esos círculos, Dee sería guapa. Este año Faye ha podido ver cómo las mismas bolsas oscuras empezaban a salir debajo de sus propios ojos, que son los de su padre, de color castaño oscuro y ligeramente aquejados de tiroidismo. Faye puede oler el aliento de Dee. No está segura de si su madre ha bebido algo.

Faye Goddard tiene veintiséis años; su madre tiene cincuenta.

Julie Smith tiene veinte.

Dee aprieta el brazo de Faye con una mano delgada que se le ha enfriado de estar en la oficina.

Faye se frota la nariz.

—No va a venir, me lo ha dicho. Vas a tener que escurrir el bulto.

La jefa de estudio se levanta de golpe en busca del teléfono.

—Es mentira —dice Faye.

—Mi niña. —Dee le da unos golpecitos en el brazo que antes apretaba.

—Estoy seguro de que no he oído nada —dice Muffy DeMott.

—Vale —dice la jefa de estudio—. Llevadla a maquillaje. —Levanta la mirada hacia Dee—. ¿Quieres que la maquillen?

—Lo has hecho bien —le dice Dee a Faye indicando la puerta cerrada.

—No creo que el señor Griffin esté bien —dice la señora de las tarjetas.

—Él y el chico son tal para cual. Podemos meter también a la veterana del ejército. Podemos llamarla General Neurosis.

Dee acerca la cara de Faye a la suya con una mano delgada. La besa con suavidad. Sus labios encajan perfectamente, piensa de pronto Faye. El aire acondicionado le provoca un escalofrío.

LA REINA DE «JEOPARDY!» ES DESTRONADA DESPUÉS DE REINAR DURANTE TRES AÑOS

Titular de la revista *Variety*,
13 de marzo de 1988



—¡Vamos todos hacia allí! —dice la televisión.

—¿Adónde si no? —pregunta Dee Goddard, en la silla de su oficina, de noche, en 1987.

—Damos vida a cosas estupendas —dice la televisión.

—Y yo también —dice Dee—. Yo lo hice. Pero una sola vez.

Todas las noches entre semana Dee se sienta en su oficina de la compañía Merv Griffin y se bebe una cubitera entera de martinis dulces rebajados. Las paredes de su oficina están empapeladas con aforismos de supermercado. A Humpty Dumpty le empujaron. Cuando la cosa se pone fea, la cosa se va de compras. También hay fotos autografiadas. Dee con Bob Barker, cuando escribía para *Truth or Consequences*. Merv Griffin dándole una placa. Dee y Faye entre Wink Martindale y Chuck Barris en un banquete.

Dee usa el control remoto del *catch* para cambiar de la NBC a la MTV por cable. Un grupo de chicos maquillados con aspecto tuberculoso tocan guitarras que no parecen guitarras sino más bien armas o aviones.

—¿Tu marido todavía te mira como antes? —pregunta la televisión.

—Te aseguro que no —dice Dee con sequedad, mientras bebe.

—Bebe demasiado —le dice Julie Smith a Faye.

—Es para el dolor —dice Faye, mirando.

Julie observa el monitor que hay en el despacho de Faye:

—¿Para matar el dolor o para alimentarlo?

Faye sonrío.

Julie niega con la cabeza:

—No está bien mirarla así.

—Hoy te mereces un respiro —dice la televisión—. La leche te quiere. Cuanto más nos oyes, mejor sonamos. ¿No te comerías una hamburguesa asada a la brasa?

—No, no me comería una hamburguesa asada a la brasa —dice Dee, irguiéndose en la silla—. No, no me la comería. —El vaso se le cae de la mano.

—En cambio, lo que ha dicho de ti es bonito. —Julie mira el perfil de la cara de Faye—. Eso de darle vida a una cosa estupenda.

Faye sonrío mientras observa el monitor.

—¿Has oído lo que Alex ha hecho hoy? Sajak dice que él y Alex ahora están en guerra. Alex se ha metido en la cabina del técnico y ha estado jugando con el control de aplausos durante toda la tercera parte de *La rueda*. Parecía como si el público aplaudiera cuando la gente perdía su turno y cosas por el estilo. Sajak dice que lo va a pillar.

—Así que no te olvides —dice la televisión—, mira cuánto sales ganando.

—Guau —dice Dee. Después se queda dormida en la silla.

Faye y Julie están sentadas en sendas toallas muy finas, en 1987, junto a la orilla, desnudas en una playa nudista al sur de Los Ángeles, poco después del amanecer. El sol está detrás de ellas. El Pacífico es de color lila a esa hora de la mañana. Sus pies están mojados y descansan sobre una espuma muy fina. El color del cielo resulta un tanto grotesco.

Julie le ha dicho a Faye que cree que los amantes pasan por tres fases distintas cuando empiezan a conocerse bien. Primero intercambian anécdotas y gustos. Después se cuentan las cosas en que creen. Y luego cada uno examina la relación entre lo que el otro dice que cree y lo que hace en realidad.

Julie y Faye ya llevan veinte meses intercambiando anécdotas y gustos. Julie le cuenta a Faye qué es lo que más le gusta: la poesía contemporánea; las mujeres antipáticas; las palabras que se pueden definir usando una sola vocal; las caras que cambian de expresión a cada segundo; cierta enciclopedia canadiense muy rara y de la que se hicieron muy pocos ejemplares que lleva por título *Guía LaPlace de la información total*; el aroma a polvos que sale de las cajitas de maquillaje de las señoras mayores; y el diccionario Oxford.

—La enciclopedia fue muy productiva, tienes que admitirlo.

Julie huele una ráfaga de aire con aroma de levadura:

—Se convirtió exactamente en eso que te dicen los maestros: la enciclopedia era mi amiga.

—¿Cuando eras niña, quieres decir? —Faye toca el brazo de Julie.

—Los hombres aparecían uno tras otro. Yo lo sentía mucho por mi madre. Eran hombres silenciosos e impasibles; mamá salía con uno tras otro y luego se venían a vivir a casa. Y no había ni uno solo que fuera capaz de cogerle cariño a mi hermano.

—Ven aquí.

—A veces las cosas se ponían feas. Me acuerdo de que mi madre llevaba una vida horrible. Pero cuando las cosas se torcían nos encerraba en alguna habitación para quitarnos de en medio. —Julie sonrío para sus adentros—. Me acuerdo de que al principio me daba a veces una regla y un lápiz. Para que me entretuviera. Me podía entretener durante horas con una regla.

—A mí también me han gustado siempre las reglas.

—Te construyes un mundo entero. Yo hacía mundos enteros con líneas. Era como una magia de estar por casa. Me pasaba todo el día así. Mi hermano miraba.

En esta playa al amanecer no hay gaviotas. No hay ruidos. La marea se retira.